



Enrique Molina

Impresiones sureñas

~~15-28-Febrero 1924.~~



IBAMOS a salir de Concepción en viaje al sur en el primer tren que parte casi de noche. Un claror plomizo, difuso, estampado sobre toda la ciudad, anunciaba la proximidad del alba. No había nada de esa claridad transparente y diamantina, realzada por el lucero de la mañana, con que se suele despedir la noche en otros lugares. Concepción es una dama recatada que espera al día envuelta en su capa de brumas.

Los focos de la luz eléctrica empezaban a apagarse. Nadie en las calles, fuera de uno o dos empleados obligados a madrugar.

No pocos pasajeros esperamos el tren que viene de Talcahuano. Luego asaltamos el wagon que se halla sumido en finieblas.

* * *

Imagináos que salierais por primera vez de Concepción y que ya el soplo de la luz hubiera dado diafanidad al aire. Entonces iriais con el alma fresca y plástica de un niño admirando los hermosos chalets que a la izquierda de la línea férrea se levantan en nidos de verdura y al pie de empinados cerros revestidos de un tupido manto de pinos verdinegros. Iriais mirando a la derecha el ancho y perezoso Biobío, a cuya orilla serpentea la línea y por donde corre el tren dando colazos. El río, como el mar, el valle y todos los paisajes dilatados, parecen invitar el alma a la ensoñación, que es un estado de arrobo en que no se piensa en nada.

El Biobío goza de la merecida fama de río inútil. No sirve para

el regadío de los campos vecinos y ha perdido su valor de medio de comunicación que antaño tuviera. Es un río decorativo. Así se lo hacía saber al poeta mejicano Enrique González Martínez, en ocasión que lo atravesábamos para ir a Lota. ¿Y le parece poco que sea decorativo? me dijo el poeta. Efectivamente no puede ser poco para un artista.

Antes de una hora de camino surgió tras los montes del oriente el sol gozoso y triunfador. Parecía un dios joven, vigoroso y juguetón que viniera por primera vez a la tierra y quisiera despertarla, abrazarla, dominarla, penetrarla. Rasgó las nubes, hizo volar en giros las nieblas que se enredaban en los árboles como vestiduras de muchacha pudorosa desgarradas por un compañero demasiado violento. Se derramó y reflejó sobre el río convirtiéndolo en torrente de oro incandescente. Las aguas tomaron vida y se movían como agitadas por un cosquilleo deleitoso. En las hojas de los árboles se hizo esmeralda y piedra preciosa en las gotas de rocío. Se arrojó irresistible por las ventanillas del tren, y obligó a los viajeros a fruncir los ojos, bajar las persianas y refugiarse en la sombra.

Después de estos ágiles rasgos propios del despertar de un ser fuerte y alegre, siguió el astro tranquilamente su normal carrera de suprema divinidad bienhechora de los hombres.

* * *

En Renaico, a donde llegamos después de atravesar el Biobío y pasar por varias estaciones, cambiamos de tren para dirigirnos a Angol situada en un ramal paralelo al occidente de la línea principal. Angol es una pequeña capital de provincia de calles polvorientas orladas de grandes y umbrosos árboles. Está situada en un terreno accidentado lo que le permite disfrutar de pintorescos panoramas.

Disponíamos de muy poco tiempo, recorrimos ligeramente las calles, y visitamos el hospital que, según he sabido, es lo mejor que tiene el pueblo. Cuenta en efecto con muy buenas instalaciones y se halla admirablemente bien tenido. Entramos de improviso y a una hora de mucho trabajo a la cocina y a la despensa. Brillaban de orden y aseo. En la despensa hay cajones con tapas para los frejoles, arvejas, arroz y demás artículos de consumo. Cada uno lleva el nombre de algún vecino generoso que se encarga de llenarlo. Cuando se en-

cuentran vacíos, lo que ocurre muy raras veces, las tapas permanecen levantadas y los cajones parecen bocas que claman hambrientas. Todo o casi todo en el hospital ha sido hecho con donaciones de los particulares de la localidad y de los propietarios de los campos aledaños. Es un hermoso caso. El hospital es no sólo bueno para Angol sino que podrían envidiarlo muchas ciudades de la República (1).

De Angol nos fuimos al Vergel, rico fundo a donde se llega por una espléndida carretera en menos de media hora en auto.

Habíamos sido invitados a pasar algunas horas en compañía de unos jóvenes de la Asociación Cristiana de Jóvenes que hacían vida de campaña en un bosque del fundo. Una veintena de muchachos estaban instalados desde hacía quince días bajo pinos y eucaliptos gigantes en tiendas y rústicas chozas fabricadas por ellos mismos. El aire es siempre delicioso. Los jóvenes se levantan con el canto de los pájaros; y van a bañarse al Malleco que se arrastra en blanda corriente a corta distancia del bosque. Llevan una vida sana de ejercicios físicos, de buenas lecturas y de práctica de la ayuda mutua. De noche hacen por turno guardia de vigilancia en el bosque. No faltan tampoco las bromas ingenuas tan en el carácter de norteamericanos y alemanes. Casi de noche nos sirvieron en mesas de rústicos tablones una sencilla y sobria comida: una sopa espartana, un buen asado con bastantes papas y un rico cake de fresas. Excusado es decir que no se tomaba más que agua.

Estamos seguros de que estas asociaciones producirán entre los jóvenes chilenos y en nuestra sociedad en general los mismos benéficos resultados que sus similares norteamericanas. (Y. M. C. A.) han hecho sentir desde hace tiempo en los Estados Unidos.

El Vergel, que perteneció hasta hace pocos años a un chileno inteligente y emprendedor, pasó a ser, después del fallecimiento de éste, propiedad de una sociedad metodista norteamericana. Es un suelo digno de su nombre. Los frutos más variados y exquisitos y las más preciosas flores se dan en él. Si la leyenda del paraíso terrenal hubiera llegado a nacionalizarse entre nuestros aborígenes, seguramente lo habrían ubicado en el Vergel, tomándonos la licencia de suponerlo

(1) Nos sirvió de gentil guía en nuestra visita el distinguido doctor Oscar San Martín, sub-administrador del establecimiento, a quien se debe en gran parte el excelente pie en que se encuentra.

en los tiempos primitivos tal como se encuentra ahora. Y vaya que habrían tenido variedad de manzanas donde elegir. No podríamos decir cuantas; pero de las peras, sí, sabemos que hay más de ciento ochenta variedades.

El fundo se halla muy bien atendido y cultivado. A su cabeza se encuentra un director o administrador general. Cada sección, los árboles frutales, las flores, el huerto, las siembras, están a cargo de un técnico especialista graduado en alguna Universidad norteamericana. Así corre con el huerto nada menos que un Maestro en Ciencias de la Universidad de Wisconsin, el señor Ballock. De esta científica división del trabajo no pueden resultar sino ventajas enormes.

Los cultivadores del Vergel han importado del Uruguay una mosquita que ataca al pulgón que apesta a los manzanos. Así han logrado obtener manzanos libres de todo bicho. Las manzanas se venden en grandes cantidades cuidadosamente embaladas y encajonadas.

Los moradores del Vergel son estrictamente antialcohólicos y, según me han asegurado, se deja ver ya en la morigeración de las costumbres de los campesinos cercanos una saludable influencia de este buen ejemplo.

* * *

¿No habéis sentido alguna vez el raro encanto que envuelve a los enfermos convalescientes de una grave enfermedad? Es un encanto dulce-mente triste; fluye del ambiente que nimba al enfermo un dejo de indiferencia para todo lo superfluo; se quiere solo la vida; se está ante una existencia entre dos mundos. El encanto es aun mayor cuando el convalesciente es un niño, un joven o una mujer en la flor de la edad.

De mi sé decir que discípulos que se han encontrado en estos casos me han inspirado algunas de mis más hondas ternuras.

Cuando iba a terminar la visita al hospital de Angol, de que he hablado, la madre que nos acompañaba me dijo que una joven enferma del pensionado deseaba verme. Me había conocido al pasar. A mi me costó reconocerla en un principio. Tan desfigurada estaba. Era una muy aventajada estudianta de la Universidad de Concepción, que había sufrido una seria operación quirúrgica. Con qué mezcla de dolor y placer me acerqué a ella y le estreché la mano cariñosamente: dolor por el estado en que la hallaba, placer porque ya había pasado el gravísimo peligro que la amenazaba.

Nuestro corazón suele encerrar tesoros de ternura que no sienta manifestar en la vida ordinaria y menos ante una mujer joven porque es difícil que esto no se interprete mal; pero cuando se trata de una joven enferma puede uno dejar que la ternura se esponje en su pecho sin inconvenientes y aún con dulzura. Es una de las formas que toma el bien en la tierra.

Hablamos un rato, la contemplé algunos minutos en silencio y, confortándola sobre su segura convalecencia, me despedí.

A la mañana siguiente, al volver del fundo y antes de alejarme de Angol, pasé de nuevo al hospital. La joven seguía mejor. Flores que traje del Vergel vinieron a perfumar ese día la pieza de la enferma.

* * *

Poco más de tres horas en tren y estamos en Temuco.

En el camino, al salir de Collipulli, hemos podido admirar el altísimo viaducto del Malleco, la obra pública más famosa de la administración del Presidente Balmaceda. Qué pintoresco se columbra el verde y estrecho valle en la hondura. Una bella casita situada en un altozano en la orilla del río y el vecino puente carretero, de líneas esbeltas, se alejan en lo profundo como cosas de miniatura y desde la elevación en que estamos y por donde va el tren temblando, parecen casi una decoración teatral.

La lluvia de los días anteriores ha lavado la atmósfera y permite gozar del estupendo panorama andino en todo su esplendor. ¡Oh! la majestad de las cordilleras azules y de sus cimas coronadas de nieve: el Llaima, el Lonquimay, el Villarrica.

* * *

Temuco ya no es un campamento de casas de madera y de gente más o menos maleante, como era hasta hace algunos años. Es una ciudad con muchas hermosas construcciones de material sólido y de anchas calles bien pavimentadas y limpias. Tiene un comercio activo y próspero, estimulado por el desarrollo de la agricultura y de muchos pequeños pueblos en una vasta zona circunvecina.

Temuco no lleva cincuenta años de vida y cuenta con más de treinta y cinco mil habitantes.

En los comienzos de este siglo fuimos de Temuco a Nueva Imperial.

Entonces no había ni tren ni autos. El viaje se hacía en coches viejos y no poco desvencijados que tardaban cerca de tres horas. Ahora hay tren y una espléndida carretera. Gracias a la gentileza de un simpático amigo, inteligente y emprendedor industrial de Nueva Imperial, hicimos esta vez el viaje en auto en cuarenta minutos. El camino va paralelo al río Imperial y entre campos ricamente frigueros que se extienden a uno y otro lado del río en lomas bajas, amarillentas, redondeadas, interminables.

• • •

Lo que se llama la Suiza Chilena forma una vasta región comprendida en la zona andina y en el valle central de las tres provincias más australes. Encierra una veintena de grandes lagos e innumerables pequeños diseminados entre las montañas nevadas y en el valle. Mucho más dilatada que la europea es al mismo tiempo más silvestre e inculta que ella.

Andando sólo en ferrocarril no es dado conocer sino una parte limitada de nuestra Suiza; pero qué de bellezas se pueden admirar.

De Osorno al sur hicimos el viaje en compañía de un alto funcionario que andaba en jira de turismo con su simpática familia y una distinguida dama santiaguina.

Nos invitó a su confortable wagón especial.

La dama era muy comprensiva e inteligente. No pertenecía a la especie del santiaguino clásico que se moviliza sólo entre Santiago y Viña del Mar y que va a París creyendo conocer ya bien a su patria porque para él únicamente Santiago es Chile.

Sin embargo, esta señora venía en realidad descubriendo a su país. Cada detalle constituía una sorpresa para ella. Era en menor escala el caso de los europeos y norte-americanos cuando se sorprenden de vernos vestidos como ellos y muestran la creencia de que los habitantes de estos países sud-americanos andan todavía cubiertos de plumas.

Referí yo que me había ocurrido algo semejante la primera vez que llegara hasta Puerto Montt hacía cinco o seis años.

«Éramos un grupo de profesores y estudiantes que andábamos en excursión a principios de invierno. Habíamos venido, como ahora, de descubrimiento en descubrimiento en cuanto a la cultura y bellezas del sur. Pocas cosas más pintorescas que la llegada a Puerto Montt, que ustedes van a ver. El tren desciende a la ciudad como por un camino de caracol. Desde la altura se la columbra una primera vez recostada en un lado del

hemiciclo de la bahía y desplegando al sol sus casitas de varios pisos y de techos rojos. Luego el tren se pierde en una quebrada revestida de helechos; vuelve a salir a un sitio despejado de donde contempla una vez más al pequeño pueblo que en su placidez marina se presenta como una promesa de bella vida *calma*. Vuelta a hundirse en una garganta de helechos, vuelta a salir y se llega».

«De Puerto Montt fuimos a Cochamó en el seno de Reloncaví. El vaporcito iba a partir muy de mañana. Nos levantamos de noche. Cuando llegamos al muelle todo estaba oscuro y llovía. Los viajeros, bajos los paraguas y envueltos en impermeables, nos reconocíamos por la voz y mirándonos muy de cerca a la cara. El vapor empezó a moverse en la penumbra. Me pareció nuestra situación una aventura fantástica al fin del mundo, al polo. A poco andar, el capitán del buque me presentó a un señor de quien me dijo era de Cochamó y había solicitado permiso para ir allá en el vapor porque las comunicaciones habían estado muchos días interrumpidas. Primera sorpresa: en Cochamó, en un rincón tan apartado, vivía gente civilizada. El señor era delgado e iba correctamente vestido. Aun recuerdo su alto cuello blanco que sobresalía bastante del sobretodo. Por él supe que Cochamó contaba con una población de algunos centenares de personas. El día se había despejado. Salió el sol. Ibamos por un canal de regular anchura abierto entre cerros y colinas redondeadas, cubiertas de vegetación. Las aguas estaban más tranquilas que un lago. A lo largo de ambas orillas, se levantaban de trecho en trecho casitas de madera. A mayores distancias, capillitas también de madera. Llegamos a Cochamó. Era un caserío insignificante diseminado en las alturas de la orilla. En un lugar sobresaliente se destacaban tres figuras que contemplaban el fondeo del vapor. Una de ellas correspondía a la del legendario cura de aldea, ancho, basto, y de grueso paraguas bajo el brazo. Triste, triste vida, pensé, mirando las tres figuras. —Vamos a tierra, me dijo el capitán.—¿Pero qué vamos a ver allá? Como insistiera, bajamos. En el pueblo pregunté si había escuela. Me presentaron al preceptor y tuve una nueva sorpresa. La escuela de ese confinado villorrio contaba con una asistencia media de doscientos niños de ambos sexos. ¿Cómo era esto posible? Los niños acudían diariamente de todos los campos vecinos y del otro lado del canal en sus botes. Ahí no había nunca tempestades y la lluvia no importaba. Es fama de que en esta provincia hay menos analfabetos que en cualquiera otra del

país y se asegura que los chilotes adultos,—muy tinterillos,—aprenden a leer en los códigos.»

«Al ir a reembarcarnos contemplé desde la alta ribera las escarpadas orillas, las aguas dormidas de brillo oscuro y apacible y la graciosa silueta del vaporcito con su chimenea pintada de negro y rojo, que empezaba a humear. Estábamos en un fiordo. Antes habíamos admirado la Suiza Chilena. Ahora nos hallábamos en medio de una verdadera Noruega Chilena.»

— «Comprobé entonces, concluí diciendo, como los viajes, aun cuando uno menos lo espera, siempre enseñan algo y nos aconsejan cuidarnos de las excesivas pretensiones de nuestro saber.»

Hacia poco más de una hora que habíamos salido de Osorno. El tren ha avanzado orillando ríos de suave corriente; ha avanzado por medio de los árboles gigantes de la selva primitiva. Esta conserva su grandeza a pesar de que en dilatados trechos no tiene otra cosa que ofrecer a la vista que el aspecto fúnebre de árboles derribados y de troncos quemados, carbonizados y ennegrecidos por el fuego de los roces. La selva es un cementerio en preparación para nueva vida.

Estábamos en el promedio de la tarde. Había una diafanidad perfecta en la atmósfera. De repente, al trasponer una colina, se nos brindó un soberbio cuadro. El lago Llanquihue se extendía delante de nosotros como un inmenso óvalo de cristal azul turquesa, tranquilo, brillante, desenvolviendo y aumentando la luz de esa tarde radiante de palpitaciones claras. Como lago del valle sus riberas son en general bajas; pero al otro lado se erguían, cual completación magnífica del paisaje, arrancando casi desde la orilla misma, las cumbres del Osorno y del Calbuco. El efecto de colores, azul en las faldas y blanco en los coronamientos es notable en ambos; mas principalmente el Osorno es portentoso. Forma un cono de regularidad acabada. Tras una exclamación admirativa general caímos todos como en veneración silenciosa ante la belleza. Me sentí con el alma de un primitivo, me sentí pagano y pan-teísta, adorador de las fuerzas, misterios y encantos de la naturaleza. ¿Qué maravilla es esa? ¿Qué joyero ciclópeo y divino ha cincelado esa obra prodigiosa de esmalte azul y blancura repujada dentro de líneas de la más suprema sencillez? ¿O es una deidad femenina cuya nevada cabeza sonríe desde el cielo a los hombres y coquetea a la vez reflejando su beldad en el espejo del lago? ¿O es un símbolo de lo arcano que como un juez austero de peluca empolvada induce al hombre

a postrarse ante lo indescifrable? Oh maravilla! Mis divagaciones no podían agotar el contenido de la belleza y esta, inextinguible, nos mantenía hipnotizados.

Poco después llegamos a Puerto Varas, situado en la ribera sur del lago, donde nos quedamos.

Puerto Varas atrae a los veraneantes por los encantos de sus panoramas, su tranquilidad idílica y su vida sencilla. Ahí está el lago como una sugestión inmensa y perenne de placidez.

La noche que llegamos, la luna llena abría en medio del círculo de las aguas un tajo de luz levemente rizada y la pálida laxitud de las cosas bañaba en dulzura el alma.

De Puerto Varas parten excursiones a diversos puntos interesantes del lago, a Peulla, situada en las orillas del lago Todos Santos, y a la frontera argentina.

Por lo demás, en el lugar no hay mucho que ver. Se extiende muy diseminado a lo largo de la playa y por las colinas vecinas. Sus calles cortas e irregulares son llenas de altos y bajos.

Una vez que andábamos vagando preguntamos a una mujer qué era lo más digno de conocerse en el pueblo.

—El Calvario, pues, señor.

Y fuimos al Calvario. En una colina boscosa que se levanta al lado del hospital se ha hecho un camino elíptico ligeramente ascendente. En todo él se encuentran de trecho en trecho pequeños nichos con cuadros que representan la pasión de Jesús. El primer nicho es, sin embargo, bastante grande para que quepa en él una estatua del Mesías de porte natural. Ahí está Jesús sentado y con las manos atadas. Termina la serie en la parte más alta con un grupo también de tamaño natural que representa la crucifixión.

Por supuesto que todas estas obras son pobres cosas desde un punto de vista artístico. Pero, qué importa! Este pueblo parece poseído de una devoción bastante ingenua para detenerse en tales minucias. Dicho sea a manera de corroboración psicológica de lo anterior: de los diarios de Santiago no se vende aquí «La Nación», ni siquiera «El Mercurio»; sólo «El Diario Ilustrado».

En Febrero empiezan a ser ya muy frecuentes las lluvias en estas latitudes, lluvias ¡ay! que duran todo el resto del año. Apresurámonos nuestra ida a Valdivia.

* * *

Valdivia es la reina de la región.

Osorno, la ciudad mediterránea, rodeada de ricos fundos y de campos de escogida ganadería, la metrópoli de los millonarios sureños como se la llama, compite con Valdivia en prosperidad y progresos.

Ambas constituyen un testimonio de lo que han logrado el esfuerzo y las iniciativas de los colonizadores alemanes y de sus descendientes; y de cómo lo han logrado a pesar del incierto y miserable tipo de moneda que nos aplasta y a pesar de las trabas de la politiquería y del régimen parlamentario que hemos venido sufriendo.

Ambas ostentan mansiones y casas comerciales e industriales sólidas y bellas. Significan estas, con anterioridad a toda reforma administrativa, una verdadera obra de descentralización, la adopción de un concepto nuevo de la vida en Chile, la voluntad de arraigar en la tierra, de donde se ha extraído la riqueza y donde se ha acumulado por medio del tráfico y de la técnica.

Sin embargo, los descendientes de alemanes en el sur se siguen diciendo alemanes aunque hayan nacido en Chile y sus padres también sean chilenos, y a veces aún sus abuelos. A la propietaria del hotel de Niebla, de aspecto extranjero, pero que hablaba muy bien español, le pregunté si era chilena. Vaciló un poco y me dijo: Nacida en Chile, pero de padres alemanes. No aceptaba lisa y llanamente el ser chilena.

Por lo demás, estos pueblos, en lo que se refiere a manifestaciones de cultura superior, son más o menos como los restantes pueblos de Chile, es decir de cultura incipiente. Así Valdivia y Osorno, a pesar de su relativa opulencia, no disponen de más bibliotecas públicas que las de sus respectivos liceos.

Hay ciudades que nacen con suerte cuando se sabe elegir para fundarlas un lugar privilegiado. Entre ellas se cuenta Valdivia. Se levanta en un recodo del bello río de su nombre y en un lugar en que por la afluencia de varios ríos de la región empieza la corriente a ser un amplio estuario sembrado de islas. El río es navegable hasta mucho más arriba de la ciudad. El pueblo se ha desarrollado hermosamente por ambos lados del codo del río. Bien construídas casas de colores claros y de dos, tres y hasta cuatro pisos, fábricas en una y

otra orilla y las altísimas chimeneas con su constante penacho de humo le dan todo el aire de una gran ciudad.

—Si parece que estuviéramos en Hamburgo, decía una señora una tarde que llegábamos en vaporcito.

Son muy conocidas las fábricas de calzado de Rudloff, de azúcar, clavos, velas y confites de Hoffmann, de cerveza de Anwandter, los astilleros de Baehrens. Hay además curtiembres y fábricas de cartón y papel.

Visitamos la fábrica de Rudloff un Lunes por la mañana. Todos los obreros estaban en su puesto y las cincuenta máquinas en movimiento. No se había celebrado San Lunes. En la oficina de entrada de la fábrica nos llamó la atención un cuadro enviado desde Munich por el fundador de la empresa a sus hijos, los actuales dueños. El cuadro no contiene más que una estrofa de Goethe. Es una sabia lección que el padre, ya retirado de los negocios, creyó oportuno recordar; y que nosotros consideramos digna de ser asimilada por todos los afortunados de la tierra. En español dice más o menos así:

Lo que has heredado de tus padres
Trabájalo a tu vez
Para que seas su verdadero dueño.

Valdivia, como ningún otro pueblo de Chile, tiene escritas en la piedra y en monumentos de cal y canto las ejecutorias de su noble abolengo español. Ahí están en las calles de Picarte y de los Canelos las dos torres circulares de cal y ladrillo, macizas fortalezas de la época colonial, hoy bellos restos inofensivos que se mantienen bajo la fronda, un poco carcomidos y un poco cubiertos de yerbas. Ahí está el imponderable fuerte de Corral y los de Niebla y San Carlos, cuyas piedras resuman el recuerdo de las primeras hazañas de nuestra marina nacional, heroicamente capitaneada por Lord Cochrane.

A un extenso y cómodo malecón de cemento armado atracan a toda hora pequeños vapores y botes automóviles que vienen de las fábricas del otro lado; o de Corral, de Niebla, de Amargos, lugares de veraneo en la desembocadura, o de puntos del interior.

Los vaporcitos que comunican varias veces al día los balnearios nombrados con Valdivia hacen el viaje en poco menos de una hora. Andan siempre en los días de verano atestados de pasajeros.

La tarde que fuimos a Niebla era radiante. Pasados los primeros entusiasmos de admiración por el paisaje, en uno de los grupos se empezó a hablar de la cuestión palpitante, de la política y de las elecciones.

—¡Qué caos!, decía un señor. No se sabe a donde se va. En unas partes vemos candidatos liberales avanzados apoyados por conservadores, en otras radicales contra radicales y, lo que es más curioso, los flamantes comunistas van a sufragar aquí, por un candidato aristócrata. Pobres gentes, cuánta desorientación!

—Estas confusiones y falta de finalidades doctrinarias son la consecuencia de las ambiciones personales y de los odios, repuso otro; pero, por fortuna, no pasan de constituir aberraciones de detalles. La orientación general del país, orientación clara e irresistible, es francamente liberal.

Bajaron con nosotros en Niebla un señor y un clérigo. Marchaban delante, y como el señor era muy amable y parecía bastante conocedor de estos parajes, los seguimos. El señor venía piloteando al clérigo que era italiano. Chico y gordito éste, al tener que andar por los altos y bajos de las sendas silvestres, al tener que saltar por piedras y por baches, no daba muestra de ninguna elasticidad en sus miembros. Tenía algo de una jamaña que no hubiera hecho en su vida gimnasia. Con su cara regordeta y sonrosada, sus ojitos pequeños y su sotana ceñida sobre sus gorduras parecía también un cerdito adobado.

El erudito guía nos mostró con útiles detalles el fuerte, las dos playas y un amplio terreno abierto y despejado que debe ser un proyecto de plaza y donde se levanta un monumento.

—Ven acá, le decía al clérigo en broma, usted que es romano debe saber admirar el arte. Y nos indicaba la estatua de yeso que representa un indio con una maza en la mano. Puede ser Lautaro, Caupolicán o cualquier otro. El artista quiso hacer al indio fiero, pero el pliegue de la boca le deparó una sorpresa y le resultó sonriente, con lo cual quedó consumado un perfecto mamarracho.

Mas a Niebla no se viene a buscar las obras del arte humano, salvo en la forma de uno que otro sencillo y pintoresco chalet. Se viene a vivir en comunión con la naturaleza.

Niebla y Amargos, como Puerto Varas, son puntos ideales para un veraneo apacible, laxo. Nada en ellos de preocupaciones mundanas, de bailes ni de fiestas. Mucha tranquilidad, sol, buen aire, campos de césped,

bosques, lugares de excursiones, playas de mar y de río donde bañarse, y rumor de olas para dormirse blandamente: tal es lo que ofrecen estos pintorescos sitios, sobre todo Niebla. Agregad la lectura de un libro fácil y ameno, y os parecerá que los nervios se distienden en un sano bostezo, en un irónico olvido de todas las vanidades y cosas desagradables de la vida.

* * *

Para terminar fuimos un día al lago Riñihue, situado en la zona cordillerana y más o menos a cuatro horas en tren de Valdivia.

El camino es parte de una de nuestras vías internacionales que pasa en seguida por los lagos Perihuaico y Lacar.

Al avanzar en el tren en la última mitad de la jornada, por entre campos a medio cultivar o no cultivados, donde la selva ostenta aun su gallardía primitiva, pensaba en los adelantos y en el porvenir de las provincias y de los pueblos que había visitado. Mucho han hecho; pero cuánto horizonte abierto aún para la agricultura, la industria y el comercio, que deben ser fomentados por medio de acertadas medidas administrativas y de una adecuada educación. Una sabia descentralización se impone. Las obras de cultura superior y los hoteles mejor organizados y mejor instalados estimularán el turismo en una proporción no imaginada. Corrijamos también los defectos de nuestros ferrocarriles. Nos ha tocado viajar en estos días en un wagón de primera que más parecía carro de equipaje o de carga. La balumba de maletas, cajas y canastos no permitía moverse a los pasajeros. Hay que ponerle un límite al equipaje de mano de cada cual. Urge asimismo que se disponga de un coche comedor para los trayectos largos.

Estos pueblos del sur son ya bellos y simpáticos. No faltan en ellos, es verdad, arrabales abandonados y pobres; pero ¿dónde no acompaña al hombre la miseria como una sombra dolorosa, como una sombra para meditaciones? Mas en ninguna parte hemos encontrado la pobreza mugrienta, beoda y viciosa que repugna en algunos barrios de Talcahuano.

Llegamos a mediodía a Riñihue. El lago, como de cordillera, tiene una forma alargada y se halla encerrado en una cuenca sinuosa, cuyos bordes los constituyen altos cerros revestidos de bosques. El